

RECUERDOS SOBRE ANGEL ALCALÁ Y LA INQUISICIÓN

JOSÉ ANTONIO ESCUDERO

Presidente de la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación

El 3 de diciembre del pasado 2017 falleció en Nueva York el profesor Ángel Alcalá, humanista de amplios horizontes, especialista en historia de la Inquisición y en otros temas de historia de la espiritualidad, así como miembro del Consejo de Honor del Instituto de Historia de la Intolerancia que edita esta Revista.

Pocos meses antes de su muerte, un grupo de amigos le dedicamos un libro-homenaje (*Ángel Alcalá. Un humanista aragonés*) que fue editado en Teruel dada la condición de ilustre turolense del homenajeado (nació en la villa de Andorra en 1928).

Al recordarle ahora en la *Revista de la Inquisición* con admiración, afecto y respeto, nos ha parecido oportuno reproducir el artículo que entonces le dedicamos. Descanse en paz.

* * *

Cuando los organizadores de este Libro Homenaje a Ángel Alcalá, me invitaron a participar a través de Eloy Fernández Clemente, pensé remitir algún trabajo de investigación relativo a la Inquisición, campo sobre el que habían girado mis relaciones con el homenajeado a lo largo de muchos años. Se me hizo saber, sin embargo, que lo que se pretendía era algo más personal, más de semblanza del ilustre amigo, lo que, amén de los apremios de tiempo, resultaba para mí difícil, pues mi relación con el profesor Alcalá se había desarrollado fundamentalmente “a distancia”, como esa Universidad en la que yo mismo profesé, con coincidencias esporádicas en Estados Unidos y, sobre todo, en España.

Voy a espigar así unos pocos recuerdos, y también algunas reflexiones, a los que adelanto mi testimonio de admiración al gran profesor e investigador turolense. Esos recuerdos, por supuesto, son recuerdos míos, por lo que de antemano pido disculpas por las inevitables autorreferencias

Conocí a Ángel Alcalá allá por los años ochenta en Nueva York. Tras una ya rica experiencia como investigador y profesor en España y otros países de Europa, él vivía allí desde

hacia dos décadas, y trabajaba en el Brooklyn College de la *City University of New York* como catedrático de Lengua y Literatura Españolas. Yo viajaba a Estados Unidos entonces, esa vez y otras, con ocasión de desempeñar el cargo de Director General de Emigración, lo que nos permitió encuentros esporádicos que siempre resultaron científicamente estimulantes. Alcalá era autor ya de notables publicaciones (algunas referidas a Servet, personaje sobre el que él volverá tiempo después hasta convertirse en una primera autoridad), pero era sobre todo conocido en los terrenos de la investigación inquisitorial por haber traducido (en colaboración con J. Tobío), prologado y editado, bajo los auspicios de la Fundación Universitaria Española, la que a mi juicio, y supongo que al juicio de todos o muchos, es la obra cumbre de la historiografía inquisitorial moderna, la *Historia de la Inquisición Española*, de Henry Charles Lea, que el gran sabio norteamericano había publicado en 1905 y que había sido reeditada en inglés en 1966.

Las primeras referencias elogiosas que escuché, de persona autorizada, sobre Ángel Alcalá, tuvieron que ver precisamente con ese famoso trabajo, de traducción, edición y estudio de la obra citada, y vinieron a través de don Pedro Sainz Rodríguez. Yo había organizado en 1976 en el Palacio de la Magdalena, sede de la Universidad Menéndez Pelayo de Santander, un curso de verano que pretendía hacer balance y plantear una revisión de la Inquisición española. A ese curso, al que asistieron algunos que ya eran grandes maestros (Bataillon) y otros que lo serían después (Tomás y Valiente, Kamen, etc.), invité a Sainz Rodríguez, que aceptó, aunque al final no pudo ir. Pero tras ese curso, y como consecuencia de él, fundamos en la Universidad Complutense de Madrid un Instituto de Historia de la Inquisición (ahora reconvertido en Instituto de Historia de la Intolerancia, con sede en la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación), al que asistió en algunas ocasiones D. Pedro y donde, según recuerdo, hizo grandes elogios de Alcalá, tanto por la revisión de la traducción y comentario de la obra de Lea, como por la edición de la *Restitución del Cristianismo* de Servet que la propia Fundación Universitaria Española había publicado pocos años antes.

Volviendo a la obra de Lea, no es posible comentar aquí adecuadamente la importancia de esa versión española de la que bien puede considerarse la Biblia inquisitorial. Yo, como algún otro, había manejado en trabajos de investigación los cuatro tomos de la reimpresión norteamericana de 1966, pero esa reimpresión era perfecta siempre y cuando no se quisieran rastrear las notas a pie de página que remitían a fuentes de archivo. Y ello porque, al haber cambiado las signaturas con el traslado de la documentación al Archivo Histórico Nacional, esas referencias eran inservibles. De ahí que uno de los principales méritos de la edición de Alcalá fuera, a mi parecer, la actualización del aparato crítico, tarea en la que trabajó un equipo de archiveras del Histórico Nacional.

La edición de la obra de Lea marcó así un hito en la historiografía inquisitorial. Se hizo todo bien salvo, a mi parecer, una cosa, que no tenía que ver con nuestro amigo Alcalá, traductor y prologuista, sino con los criterios editoriales de la Fundación: el haber vertido los cuatro tomos de la edición norteamericana no a otros cuatro españoles, ajustados a aquéllos, sino a tres, lo que lógicamente originó una cierta distorsión en las referencias a cada volumen entre las citas de las ediciones inglesa y española. Yo esto ya lo advertí a D. Pedro Sainz Rodríguez, y no recuerdo que me diera una explicación satisfactoria. Por lo demás, confesaré haber

instado al actual presidente de la Fundación Universitaria Española, el académico y profesor Gustavo Villapalos, a que se acometa la reedición de ese libro, archiagotado, con el que muchos, y yo mismo, entramos en contacto con el Ángel Alcalá experto en temas inquisitoriales, aunque ya para entonces hubiera publicado entre otras cosas las *Treinta cartas a Calvino* (1971) y la citada *Restitución del Cristianismo* (1980) de Servet.

* * *

En 1983 apareció la *Historia de la Inquisición española* de Lea, y ese mismo año organizó Alcalá en Nueva York un simposio internacional sobre la Inquisición, cuyas actas aparecieron en 1984 con el título de *Inquisición española y mentalidad inquisitorial*, traducidos al inglés pocos años después. El simposio se celebró en la Universidad de Nueva York y también en la de Filadelfia, en homenaje precisamente a Lea, que había nacido, trabajado y muerto en esta ciudad, pues como es sabido, gracias a sus cuantiosos medios de fortuna pudo trabajar desde Filadelfia con manuscritos y copias de manuscritos que iba encargando a diversos archivos de Europa. De aquel simposio recuerdo la presencia del malgrado colega Miguel Avilés, y también el haber conocido allí al eminente investigador judío Benzion Netanyahu, amigo de Alcalá y que luego tendría tanto que ver con las relaciones científicas entre unos y otros. Recordemos, en fin, en este aspecto de Alcalá como eficiente organizador de congresos y reuniones científicas, el Congreso Internacional que organizó en noviembre de 1992 sobre la expulsión de los judíos, cuyas ponencias aparecieron más tarde publicadas en español.

En los años siguientes, los finales del XX y primeros del XXI, la incansable actividad investigadora de Ángel Alcalá volvió de nuevo sobre temas inquisitoriales (así el libro *Literatura y ciencia ante la Inquisición española*, 2001), amén de la edición de las obras completas de Servet, pero también sobre otras cuestiones de historia contemporánea, según es el caso del libro *Alcalá Zamora y la agonía de la República* (2002). Tal ampliación de perspectivas ha ido más lejos en fechas recientes, con otros libros sobre música, pintura y poesía, y una reciente novela histórica titulada *La Infanta y el Cardenal*.

Volviendo a nuestras relaciones y encuentros en peripecias inquisitoriales, Alcalá estuvo presente años atrás en algunas actividades del Instituto de Historia de la Inquisición, de cuya *Revista* es ahora miembro del Consejo de Honor. Tal fue el caso del ambicioso Congreso itinerante *Inquisición y Derecho: perfiles jurídicos del Santo Oficio*, celebrado en Madrid, Segovia y Palma de Mallorca a fines de mayo y primeros de junio de 1986, al que asistieron numerosos expertos en el Santo Oficio de distintos países: Alcalá, Avilés, Barrios, Beinart, Bennassar, Borromeo, Cuenca, Dedieu, Domínguez Ortiz, Ferrer Benimeli, Gacto, García Cárcel, González Novalín, Henningsen, Kamen, Maqueda, Márquez, Martínez Millán, Pérez Martín, Pérez Villanueva, Pinto Crespo, Piña, Rowland, Sicroff, Tellechea, Van der Vekene, etc., etc. Ese Congreso, en el que Alcalá presidió una de las sesiones, se inició en la Facultad de Derecho de la Universidad Complutense (donde el Instituto de Historia de la Inquisición

tenía su sede), prosiguió en el Colegio Universitario Domingo de Soto de Segovia y concluyó en la Universidad de las Islas Baleares. Otro Congreso del Instituto al que asistió Alcalá, y en el que convivimos, fue el celebrado en Madrid en febrero de 2004 sobre *Los problemas de la intolerancia: orígenes y etapa fundacional de la Inquisición*, patrocinado por la Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, que presidía entonces el profesor Luis Miguel Enciso.

* * *

En 1995 Benzion Netanyahu publicó en Nueva York un muy importante libro, *The Origins of the Inquisition in Fifteenth Century Spain*, repleto de erudición y con unas tesis novedosas y provocativas. De ese libro di noticia y ofrecí un resumen en la *Revista de la Inquisición* en julio de 1998. Al año siguiente apareció la traducción española hecha por dos profesores, Ángel Alcalá y Ciriaco Morón. Pero el primer traductor, nuestro homenajeado, no se quedó en esa tarea, sino que se alineó sin reservas, y con el mayor entusiasmo, con las tesis del historiador judío que a mí me parecían, y me siguen pareciendo, sencillamente inverosímiles. Según esas tesis, la Inquisición habría sido una institución racista que habría desarrollado una política racista, afirmando que la gran mayoría de los conversos era cristiana, que el fenómeno cripto judío había sido residual y que los propios judíos contemplaban a esa mayoría de marranos como gentes extrañas. Al ser esto así –añade Netanyahu, y refrenda Alcalá– resultaría inexplicable que se hubiera pedido e introducido la Inquisición para resolver el problema menor de los cripto judíos, por lo que necesariamente hubo de ser creada subrepticamente por otros motivos y con otros fines. Rechaza, en fin, lo que dicen los documentos fundamentales: las bulas de los papas, los documentos de los reyes y otros textos. Todo, en suma, habría sido una gigantesca farsa para encubrir los verdaderos objetivos.

El libro de Netanyahu dio lugar a una viva polémica de diversos especialistas, y también de no especialistas, que se sustanció no solo en revistas científicas (la *Revista de la Inquisición* publicó un *Dossier Netanyahu*) sino también en la prensa diaria. El diario *El País* acogió así diversas colaboraciones de unos y otros, y el propio Alcalá, en un artículo publicado años después en ABC (2-VI-2012), con ocasión de la muerte de Netanyahu, ratificaba su adhesión sin fisuras a las tesis del historiador judío afirmando que “es gloria inmortal del profesor Benzion Netanyahu haber dado con una solución luminosa a problemas tan complejos”.

No me parece oportuno volver aquí sobre esta polémica y ni siquiera mencionaré los contraargumentos y réplicas. Si me refiero a ella es porque ese debate colectivo me llevó a algunos debates personales con el ilustre profesor y amigo. Efectivamente, cuando en mayo de 1998 se celebraron en Lisboa, con ocasión de la Exposición Universal, unas jornadas sobre *Tolerancia e Inquisición*, parte de ellas se dedicó al libro de Netanyahu, que había sido invitado, pero que al no acudir dejó el coloquio en un mano a mano entre Alcalá y quien esto escribe. Posteriormente repetimos el debate en la sede de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo en Cuenca, y quizás en algún otro sitio que no recuerdo.

Ahora, pasado el tiempo, tengo la impresión de que la polémica no sirvió en verdad de mucho, y que cada cual siguió aferrado a sus posiciones de partida. Netanyahu, que yo recuerde, no aceptó ni una sola de las críticas que se le hicieron. Ángel Alcalá, con la erudición y brillantez habituales en él, se solidarizó *in totum* con el historiador judío. Desaparecido Netanyahu y alguno de sus más prestigiosos contradictores (por ejemplo, Domínguez Ortiz), esa polémica científica queda ya en los dominios de la letra impresa.

En los últimos años, hemos tenido gratos y fugaces reencuentros en Madrid, tanto al nivel de relaciones familiares, con su mujer y la mía, como en torno a actividades de la Real Academia de la Historia, o a veladas literarias y poéticas con amigos comunes. En el estricto quehacer histórico recordaré que al encargarme la Fundación Rafael del Pino la dirección de un libro colectivo sobre *La Iglesia en la historia de España* (Marcial Pons, 2014), solicité la colaboración de Alcalá, quien contribuyó con un excelente trabajo sobre los orígenes del problema converso, tema que dominaba y al que había dedicado un reciente libro (*Los judeo-conversos en la cultura y sociedad españolas*, 2011).

Ángel Alcalá es, en fin, un hombre de vasta cultura (especial en algunos campos como la música) y muy ricas experiencias vitales, que ha desbordado las fronteras estrictas de historiador de la espiritualidad, y por lo mismo de la Inquisición, para entrar en otros muchos terrenos. Autor de una admirable obra científica, su personalidad apasionada, tenacidad aragonesa y capacidad de entusiasmo, se han sobrepuesto a los muchos años de inmersión anglosajona. Es, pues, un ilustre *scholar* neoyorquino, pero además, y sobre todo, un muy ilustre turolense y andorrano. Y, por supuesto, un gran amigo.